

Aventuras históricas

Las panteras de Argel

Las hijas de los faraones

Cartago en llamas

El Capitán Tormenta

El León de Damasco

Emilio Salgari



Aventuras históricas

Emilio Salgari

Clásicos salgarianos: Volume 7
An omnibus compilation of five titles:

Las panteras de Argel

Título original: *Le pantere di Algeri*

First published in Italian in 1903

Las hijas de los faraones

Título original: *Le figlie dei faraoni*

First published in Italian in 1905

Cartago en llamas

Título original: *Cartagine in fiamme*

First published in Italian in 1908

El Capitán Tormenta

Título original: *Capitan Tempesta*

First published in Italian in 1905

El León de Damasco

Título original: *Il Leone di Damasco*

First published in Italian in 1910

Cover: *Battle of the Crusades* di Jan van Huchtenberg, 1720

ISBN: 9781987886368

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Las panteras de Argel

Capítulo 1

Una faluca misteriosa

ERA UNA NOCHE espléndida, una de esas noches dulces y serenas que con frecuencia pueden admirarse en las costas italianas, donde el firmamento tiene una transparencia que supera a la del cielo de las regiones tropicales, y que tanta admiración produce en los navegantes que recorren el Atlántico y el Océano Indico.

La luna se reflejaba vagamente, titilando sus reflejos plateados sobre la plácida superficie del mar Tirreno, y las estrellas más próximas al horizonte parecían dejar caer sobre el mar largos rayos de oro fundido. Una fresca brisa, impregnada de perfumes de los naranjos, todavía en flor, soplabá a intervalos por la costa de Cerdeña, cuyas ásperas montañas se dibujaban claramente sobre el cielo, proyectando la sombra gigantesca de sus cimas.

Una chalupa de forma esbelta y elegante, con la borda incrustada de ricos dorados y la proa adornada con un escudo también dorado, donde lucían una corona de Barón con tres manoplas de hierro y un león rampante, se deslizaba sobre las aguas bajo el poderoso impulso de doce remos manejados por vigorosos brazos. La embarcación se recataba a la sombra de la costa, como si deseara ocultarse de los barcos que pudieran venir del sur, en cuya dirección proyectaba la luna sus haces de rayos plateados.

Doce hombres, vigorosos todos, con el rostro bronceado, el pecho resguardado por corazas de acero, sobre las cuales se veía pintada en negro una cruz y la cabeza cubierta con cascos brillantes, bogaban afanosamente. Delante de ellos se veían picas, alabardas, mandobles, mazas de acero y también aquellos pesados mosquetes que hasta fin del siglo XVI hacían sudar a los más robustos combatientes que tenían que servirse de ellos.

A popa, sentado en un rico cojín de damasco semicubierto por un espléndido tapiz de terciopelo rojo rameado de oro, cuyos flecos rozaban las aguas, se encontraba un arrogante mancebo de veinte años apenas, que llevaba una coraza con incrustaciones de oro, cruzada por una faja de seda azul. Cubría su cabeza un yelmo sin visera y que resplandecía como si fuese de plata, coronado por tres plumas blancas de avestruz.

Calzaba botas altas acampanadas, de piel roja, con borlas plateadas, que apenas dejaban ver los calzones, de terciopelo carmesí. De su cintura pendía una larga espada, encerrada en una vaina bruñida y llena de arabescos, y un par de pistolas con larguísimos cañones. Era un joven hermoso, de facciones finas y aristocráticas, casi femeniles, ojos azules, labios rojos que hubiese envidiado una muchacha, y todavía sin sombra de vello. Largos cabellos de color rubio dorado asomaban bajo el yelmo y caían en ondas sobre la espalda. También su estatura era elegantísima; alto, erguido, fornido, tenía musculatura robusta.

Al lado suyo, y sentado sobre el primer banco, se encontraba un extraño individuo, redondo como una bola, quince años más viejo que el caballero, pero mucho más pequeño que él, con cara de luna llena iluminada por dos ojillos de color de acero; tenía larga barba erizada y bermeja y una nariz de color encendido, que descubría en sus reflejos un verdadero sacerdote de Baco.

Lo mismo que el resto de los tripulantes, llevaba una amplia coraza atravesada de alto a bajo por una enorme cruz, y sobre la cabeza una especie de morrión de acero adornado con un penacho de plumas. Su largo cinturón de cuero sostenía un verdadero arsenal: un espadón, dos puñales, dos pistolas y una maza de hierro de las que se usaban un siglo antes, y de un peso extraordinario. Si hubiera podido encontrar una culebrina, no habría vacilado en echársela al hombro.

La chalupa se había alejado de las costas de Cerdeña y se encaminaba hacia alta mar en dirección de una islita que se veía claramente por el suroeste, cuando el joven de la coraza dorada, desarbolando la bandera suspendida en el asta de proa, sobre la cual se vislumbraban los colores de los caballeros de Malta, dijo al hombre gordo:

—Dentro de media hora estaremos en San Pietro.

—¿Se habrán juntado ya esos perros de Mahoma, señor barón? —replicó el hombrecillo, dando un suspiro.

—¿Te inquietarías por eso tú, Cabeza de Hierro? —preguntó el joven, con tono un poco irónico y sonriendo ligeramente.

—¿Yo, señor barón? ¡Me los comería a todos de dos bocados! ¡Ya verán ellos la resistencia de los brazos de Cabeza de Hierro! ¡Yo no tengo miedo a los berberiscos!

—Te he oído suspirar...

—Es una antigua costumbre, señor barón. Pero ¿qué significa eso? ¿Tener miedo un catalán a los argelinos? Como vos sabéis, señor barón, mi padre, un *frégataire*¹ renombrado, ha dado muerte a mil de ellos, por lo menos, y mi tío...

—¿A diez mil, acaso? —dijo el joven, riendo.

—Pocos menos habrán sido.

—¿Y el sobrino, Cabeza de Hierro?

—¡Matará otros tantos!

—Entonces, ¿por qué cuando el mes pasado abordamos a aquel corsario tunecino en aguas sicilianas te escondiste en la bodega y tu terrible maza estuvo inactiva? Sin embargo, la jornada de aquel día era de las buenas.

—¡No fue mía la culpa!

—¿De quién entonces?

—De una botella de vino de Chipre, que, por arte diabólica, sin duda, me privó del ejercicio de las piernas. ¡Alguna brujería de Mahoma!

—¿Una botella sola? ¡Dí más bien medio barril de... miedo!

—¿Miedo yo? ¿Miedo un descendiente de la ilustre familia de los Barbosas? ¡Que ha derramado su sangre en Tierra Santa y hasta en el Perú! ¿Vos ignoráis, señor barón, que fue un antecesor mío quien hizo prisionero al emperador de los incas, y que otro estuvo a punto de matar a Saladino? De sangre tan valerosa no puede salir un hombre tímido. ¡Ordenad a los argelinos que se apresuren a desembarcar en San Pietro y a asaltar el castillo de doña Ida, y veréis de lo que es capaz Cabeza de Hierro, el catalán!

Esta vez fue el barón quien suspiró, mientras una vaga inquietud se pintaba en su semblante.

—¡No lo quisiera en este momento, Cabeza de Hierro! —dijo con cierta ansiedad—. Si mi galera estuviese dispuesta, también yo mostraría a los argelinos cómo saben combatir los caballeros de Malta; pero antes de veinticuatro horas no podrá reunirse con nosotros.

—¿Y creéis que la noticia sea cierta?

—Me la confirmó un pescador que salió de allí ayer noche.

—¿No sabe nada del castillo?

—Lo ignoro.

¹ Frégataire: Ganapán, mozo de la compañía francesa de África.

—¿A qué irían esos argelinos?

—A robar a la condesa y a demoler el castillo.

—¿Se han visto los buques corsarios? —preguntó Cabeza de Hierro.

—Aquel pescador sólo ha descubierto una faluca² que vigilaba sospechosamente las aguas de San Pietro. Debe de ser la avanzada de alguna escuadrilla.

—Entonces, ¿qué podrá hacer contra ella la galera del señor barón? —interrogó el catalán, castañeteando los dientes.

—Nuestros hombres no están acostumbrados a contar los enemigos —replicó el barón con voz enérgica—. Caeremos encima de esos ladrones del mar, y ocurra después lo que Dios quiera.

—¡San Isidoro³ nos proteja!

—¡Mejor lo harán nuestras espadas! ¡Silencio! ¡Mira! ¡Es el espía, que vuelve a aparecer! ¡Sinistro pájaro nocturno! ¡Acecha a la condesa de Santafiora con ojos rapaces!

El joven barón se había levantado, intensamente pálido, llevando involuntariamente la diestra al puño de la espada y la siniestra a la culata de las pistolas. En su rostro se leía en aquel momento una extrema ansiedad.

En el horizonte, al sur de la isla de San Pietro, una sutil chalupa, coronada por dos velas latinas y que debía de tener gran arboladura, se deslizaba rápidamente por el mar, dejando una larga estela argentada.

Un punto luminoso aparecía de cuando en cuando, a intervalos regulares, sobre la proa, apagándose después.

—Debe de ser la faluca observada por el pescador —dijo el barón—. Pero ¿con quién puede cambiar esas señales?

—¿Os referís a aquel punto brillante, señor barón? —respondió Cabeza de Hierro.

—Sí.

—¿No es una hoguera?

—Parece un espejo de metal que refleja los rayos de la luna.

² Faluca: un barco de vela pequeño que puede tener una o dos velas casi triangulares, y uno o dos mástiles ligeramente inclinados hacia la proa.

³ San Isidoro: Isidoro de Sevilla fue arzobispo de Sevilla durante más de tres décadas (599–636) y canonizado por la Iglesia católica, por lo que es conocido habitualmente como san Isidoro de Sevilla.

—Acaso la tripulación de la faluca corresponda con alguna galera que se encuentre en alta mar.

—No; hace señales hacia la costa.

—¡Ah! ¡Mira! ¡Responden desde San Pietro!

Una hoguera se había encendido repentinamente sobre la playa. Ardió un momento, y después se apagó, mientras la faluca, cambiando con ligereza el velamen, se alejaba rápidamente hacia la isla de San Antonio, cuya masa se divisaba confusamente hacia el Sur.

—¿Qué os parece todo esto, señor? —preguntó el catalán, viendo que el barón permanecía silencioso.

—Pues me pregunto quién puede ser la persona que tiene interés en atraer a los corsarios berberiscos hacia la costa de San Pietro —respondió el caballero de Malta con voz sorda—. ¿No sabe acaso ese miserable que donde caen los berberiscos todo lo arruinan?

—Es imposible que sea algún renegado oculto en San Pietro. En estas islas son todos hombres honrados.

—¿Sabes qué bandera ha visto aquel pescador ondear sobre la faluca?

—No.

—La de Culquelubi.

—¿La del capitán general de las galeras argelinas, de ese tigre feroz? —balbució el catalán—. ¡Ah, señor; siento que me corre un sudor frío por la piel, a pesar de la sangre generosa que corre por mis venas!

El joven barón no había escuchado siquiera la temerosa observación del descendiente de los Barbosas. Toda su atención se había reconcentrado en la faluca, la cual, en aquel momento, aparecía como un punto negro perdido en medio de un mar de plata.

—¿Adónde irá? —se preguntó—. ¿Acaso allá a lo lejos se esconden las galeras de Culquelubi? ¿Por qué no estarán aquí todos los valientes malteses que velan por la seguridad de las islas del Mediterráneo? Génova y Venecia gloriosas, ¿dónde están vuestros navíos? San Marcos y San Jorge, ¿habéis arriado vuestras banderas, que hicieron temblar un día a Constantinopla? ¡Yo solo contra todos! ¡Vencer o morir! ¡Pues sea! ¡Moriré si es preciso; pero los moros no desembarcarán bajo los muros que defienden a mi prometida!

Al hablar así, las dulces facciones del barón se habían iluminado con fulgores de cólera. Se comprendía que aquel joven, que parecía un niño

vestido de guerrero, podía transformarse en un verdadero héroe en el momento oportuno.

—¡La proa hacia San Pietro! —había gritado con voz tonante—. ¡Y maldito sea el traidor que atrae a las islas a las panteras de Argel!

A pesar de sus bravatas, Cabeza de Hierro se había estremecido de terror. El ilustre descendiente de los Barbosas hubiera preferido encontrarse en la bodega de las galeras del caballero de Malta, delante de un barril de vino de Chipre, a estar en aquella chalupa, que corría hacia el peligro.

—¡Si tuviera algunas copas en el cuerpo —murmuraba—, pobres moros; qué carnicería iba a hacer con vosotros! Señor barón— preguntó de pronto—, ¿habrá mucha faena allá abajo?

—Nos jugaremos la piel —respondió el caballero.

—¿Es fuerte el castillo de la condesa de Santafiora?

—Si sus bastiones no son muy resistentes, lo serán nuestras espadas.

—La mía, aunque es de Toledo, no resiste a las balas de las culebrinas.

—Tu espada está templada en las aguas del Guadalquivir.

—Y las balas de los corsarios, en las del Mediterráneo.

—Pero no en las que bañan las aguas de Malta —respondió el barón.

—¡Pobre señora condesa! ¡En qué terribles combates va a verse envuelta!

—Es hija de guerreros que han derramado su sangre en Tierra Santa.

—¿Sabe que os encontráis en estas aguas?

—Mi aparición no la asombrará. Ya la he prevenido de mi retorno a estos lugares; si la tempestad no hubiera roto el timón, nuestra galera ya hubiese llegado a la isla. ¡Ah, mira; la faluca reaparece!

—¡Por San Isidoro! —exclamó el catalán—. ¿Qué significan esas carreras misteriosas? ¡Acaso pretendan caer sobre nosotros!

—Llegaremos a San Pietro antes —respondió el barón—. Parece que tratan de dirigirse a Antíoco. ¡Ea, muchachos; remad con fuerza, si no queréis hacer demasiado pronto conocimiento con esos perros mahometanos! ¡Acordaos de que son las panteras de Argel!

Los doce remeros, que ya habían advertido la presencia de los moros, no tenían necesidad de las excitaciones del barón; hartos conocían ellos la audacia y la ferocidad de los corsarios berberiscos. Tampoco ignoraban que sus falucas llevaban culebrinas de buen calibre, y no querían exponerse al tiro de aquellas piezas, que los moros manejaban con mucha habilidad.

Pero la isla de San Pietro estaba próxima, mientras que los corsarios argelinos se encontraban alejados de ella cuatro millas por lo menos. Había, pues, el tiempo necesario para desembarcar antes de su llegada.

No obstante, los remeros bogaban furiosamente, haciendo volar la chalupa sobre la superficie de las aguas. El sudor inundaba sus semblantes, pero no por eso amainaban en su faena.

El joven caballero, que llevaba la barra del timón, dirigía la chalupa hacia una pequeña ensenada formada dentro de un promontorio pedregoso. En la extremidad de aquel promontorio se erguía majestuosamente una torre redonda y almenada situada a la izquierda de una maciza construcción, que la sombra proyectada por algunos árboles no permitía aún distinguir con claridad.

Sobre la ribera de aquella ensenada era precisamente donde el barón y el catalán habían visto brillar aquella hoguera que parecía una señal convenida con la faluca berberisca.

—¿Ves algo, Cabeza de Hierro? —preguntó el barón.

—Una ventana iluminada, y nada más. La señora condesa vela, sin duda.

—Aun no son más que las diez.

—Entonces, es posible que la servidumbre esté despierta, señor barón. Esta brisa nocturna me ha abierto el apetito de tal modo, que sería capaz de comerme tres moros en cinco minutos.

—¿Quieres cobrar fuerzas para combatir?

El catalán exhaló un suspiro.

—¡He aquí una palabra que me quitará el apetito! —murmuró para sus adentros.

El barón se había incorporado, y sus ojos se fijaron con ansiedad en la ventana iluminada, la cual se destacaba claramente sobre la negra masa del castillo.

—¡Acaso me espera! —dijo.

Un rápido rubor coloreó su semblante; pero después se puso densamente pálido, y sus ojos inquietos buscaban por todas partes la faluca, que había desaparecido. En aquel momento experimentó un vivo sentimiento de angustia.

—¡Si me la robasen! —murmuró—. ¡Si esos atrevidos piratas hubieran puesto sus ojos sobre mi prometida para hacer un regalo a su jefe o para

vendérsela al bey⁴ de Argelia! ¡Acaso no ignoren que es la más hermosa criatura de las costas de Cerdeña!

—¡Señor barón! —dijo el catalán, levantándose rápidamente.

—¿Qué quieres?

—¡Vuelve la faluca!

—¿Vuelve sola?

—No veo ningún barco que la acompañe.

—Entonces llegará tarde. ¡Un último esfuerzo, muchachos!

La chalupa había entrado ya en la ensenada, que atravesó velozmente, y fue a embarrancar en la playa arenosa, la cual descendía suavemente hacia el mar.

—¡Atracada a tierra, empuñad las armas y seguidme! —ordenó el barón—. ¡Los berberiscos no pondrán el pie en las murallas!

⁴ Bey: título de origen turco adoptado por diferentes tipos de gobernantes dentro del territorio del antiguo Imperio otomano.

Capítulo 2

Zuleik

EL CASTILLO DEL conde de Santaflora, del cual sólo quedan hoy insignificantes ruinas cubiertas de maleza y de arena, era en 1630, época en que comienza nuestra verídica historia, una fortaleza todavía sólida, aunque no muy extensa, y defendida por una sola torre.

Construida para impedir las frecuentes incursiones de los piratas berberiscos, los cuales ya habían devastado más de una vez la isla de San Pietro, había sido dada en feudo al conde de Santaflora, caballero de Malta, perteneciente a una nobleza que se había distinguido mucho contra los sarracenos en Sicilia y en las aguas de Túnez y de Argel.

El conde Alberto, primer propietario del castillo, había prestado grandes servicios, protegiendo contra las correrías de aquellos piratas, no sólo a San Pietro, sino también a la vecina isla de Antíoco.

Su hijo Guillermo, apodado Brazo de Hierro, no se había mostrado menos valeroso que su padre, sosteniendo infinitos asaltos y defendiendo con vigor sobrehumano el castillo. Con sus galeras también había desafiado a los más renombrados corsarios tunecinos, llevando su audacia hasta el punto de bombardear los fuertes de Argel; audacia que pagó con la vida, porque, asaltado por las naves de Culquelubi, el más famoso capitán que entonces tenía el bey, después de un combate sangriento, murió, lleno de gloria, en unión de todos los caballeros de Malta que le acompañaban.

Única heredera del marino glorioso, la condesa Ida de Santaflora, hija de Guillermo, y que a la sazón sólo contaba seis años, permaneció al cuidado de una parienta, pues también su madre había sido muerta durante un asalto de los berberiscos.

La niña creció entre el estruendo de la artillería, porque los corsarios, hostigados por Culquelubi, el cual soñaba con el dominio de Cerdeña, habían tratado muchas veces de apoderarse de la isla y, sobre todo, del castillo.

Pero el valor de los caballeros de Malta, que siempre habían acudido en defensa de la muchacha, hicieron inútiles todas las tentativas de los corsarios africanos.

Entre aquellos valerosos señores llegados con sus galeras en auxilio de la joven condesa se encontraba el barón Carlos de San Telmo, un valiente caballero siciliano, creado caballero de Malta cuando apenas contaba veinte años. Las pruebas de valor que había dado en los últimos combates, su varonil hermosura y la nobleza de su sangre no tardaron en producir en el ánimo de la joven condesa una profunda impresión.

Ambos, huérfanos; ambos, hermosos; ambos, hijos de guerreros que habían derramado su sangre en defensa de las costas del Mediterráneo, bien pronto debían entenderse y compartir con igual intensidad una pasión inextinguible. La felicidad parecía llegar a su colmo, pues Carlos había armado ya su galera para ir a pedir la mano de la condesa, cuando, sorprendido por una tempestad, se vio obligado a buscar un refugio para su nave en el golfo de los Naranjos.

Y no era ésta la única desgracia. Como acabamos de ver, otra más grave le había sorprendido. Por noticias de un pescador supo con espanto que los corsarios berberiscos rondaban la desgraciada isla, para caer sobre ella en el momento menos pensado.

* * *

En el instante en que la chalupa del barón avistaba de lejos a San Pietro y descubría la faluca corsaria, la condesa de Santafiora estaba sobre la terraza del castillo, sentada en una amplia poltrona de terciopelo y con los pies apoyados en un cojín de seda carmesí.

Era una espléndida criatura de diecisiete años, de pequeña estatura y delgada como un junco. Un ligero tinte rosado, que hacía pensar en los fulgores del alba, coloreaba su semblante. Sus ojos eran de un color negro intensísimo, cuyo brillo ocultaban a medias largas pestañas.

A pocos pasos de ella, un joven de tez morena, con cabellos negros y rizados y facciones enérgicas, estaba reclinado sobre un tapiz, teniendo sobre las rodillas una cítara de mango larguísimo, una tiorba argelina.

Se adivinaba que era un africano o, mejor, un moro berberisco, un hijo de aquella terrible raza de conquistadores que habían llevado sus armas contra España, corriéndose hasta el corazón mismo de la propia Francia. Su turbante de seda, su alquicel y sus calzones eran del mejor gusto.

Entre las manos nerviosas y pequeñas sostenía el instrumento, al cual arrancaba de vez en vez notas dulcísimas. Luego interrumpía su tocata para mirar extasiado a la joven, la cual fijaba los ojos en el mar.

De cuando en cuando, los ojos del moro se encendían con fulgores rápidos y un relámpago salvaje iluminaba sus negras pupilas, mientras sus labios se contraían y mostraban una soberbia dentadura.

Entonces no miraba a la condesa; aquellos ojos negros, que relucían como carbones, se dirigían hacia el mar, deteniéndose sobre la faluca, que se alejaba después de las señales cambiadas, y una siniestra sonrisa, que parecía la mueca de una fiera en acecho que olfatea la sangre de su presa, se dibujaba sobre su hosco semblante.

La condesa de Santafiora no parecía preocuparse del moro. También ella miraba con cierta ansiedad la plateada superficie del mar Tirreno y a la faluca, que proseguía sus misteriosas maniobras.

—Zuleik —dijo de pronto, volviéndose hacia el moro—, ¿a quién crees que pertenezca ese pequeño velero que se muestra hace tres noches sobre nuestra playa y que al alba desaparece? Me intranquiliza su presencia.

—Es una mísera barquichuela —replicó el moro con ironía—. ¿Cómo puede inquietar a la señora? Serán pescadores de Antíoco.

—¿Y si fuesen piratas berberiscos?

—Tenéis cuatro culebrinas en las murallas del castillo y otra sobre la plataforma de la torre. ¿Cómo podría una nave tan pequeña osar acercarse a tiro de cañón?

—Estaría mucho más tranquila si el barón Carlos de San Telmo estuviese aquí con su galera.

Un relámpago más terrible y más salvaje que los anteriores brilló en los ojos del moro.

—¿Le espera la señora? —preguntó, haciendo un esfuerzo para que su voz pareciese tranquila.

—Sí; su galera ya debe de haber partido de Malta —respondió la condesa, mientras un leve rubor coloreaba sus mejillas—. Le acompañan bravos y valerosos guerreros.

—¡Que exterminan a los de mi raza! —dijo el moro, con los dientes apretados por la ira.

—Los tuyos son los que nos hacen la guerra.

—¡Así lo quiere Mahoma!

—Pues Dios arma el brazo de nuestros guerreros para defenderlos.

El moro se encogió de hombros y volvió a tañer la tiorba.

—Mira allí la faluca —añadió la condesa, que se había levantado, apoyándose sobre la balaustrada de piedra de la terraza—. Vuelve a virar en redondo, como si tuviera el propósito de retornar a San Pietro.

—Repito que deben de ser pescadores de Antíoco, señora.

—Sin embargo, he visto brillar sobre el puente de la faluca el reflejo de una luz.

—No he visto nada.

—Es que entonces estabas en la playa.

—Cuando nuestros pescadores argelinos van de noche por alta mar encienden hogueras sobre la proa de su barca para atraer a los peces. Quizá hayáis confundido las hogueras con el reflejo de la luz.

—No; estoy cierta de no haberme engañado.

El moro sonrió y continuó tañendo la tiorba y arrancando sonidos de sus cuerdas; pero no sonidos dulces, sino ásperos y salvajes, que semejaban un toque de guerra. Parecía como si el músico quisiera imitar los terribles rugidos del simún o los aullidos feroces de los árabes cuando se entregan a sus juegos bélicos.

Parecía también que aquellos sonidos producían en el músico un efecto terrible. En su rostro se dibujaban contracciones feroces, y sus ojos despedían reflejos fosforescentes. Todo su cuerpo se estremecía, y sus labios se abrían, como si de su pecho fuera a salir el terrible grito de guerra que un día hiciera temblar a todos los guerreros de la Europa cristiana.

—¿Qué tocas? —preguntó la joven condesa.

—Una fantasía del desierto —respondió el moro, el cual continuó por algún tiempo aquella fuga de notas estridentes y salvajes.

Pero de pronto surgieron de la tiorba sonidos dulcísimos, melancólicos, como si el moro quisiera imitar el lejano murmullo de las ondas y los gemidos de la brisa cuando silva a través de las palmeras del desierto.

De improviso, sus dedos quedaron inmóviles sobre las cuerdas de la tiorba. El moro había inclinado la cabeza sobre su pecho; sus facciones, poco antes alteradas por el odio, habían recobrado su tranquilidad. Al verle se hubiera dicho que dormía.

—¿En qué piensas, Zuleik? —preguntó la condesa.

—¡Pensaba en mi libertad perdida! —respondió el moro, con voz entrecortada—. ¡Pensaba en mi Argelia, en las risueñas playas de mi país, en las palmeras que dan sombra a las mezquitas, en los corceles galopantes entre nubes de polvo, en los tranquilos aduares de nuestras llanuras! ¡Ah; cuántas noches vuelvo a ver en sueños el marmóreo palacio de mis abuelos, con sus esbeltos pórticos, donde transcurrieron felices y libres los hermosos años de mi juventud; el alminar que proyectaba en el amplio patio su enorme sombra, sobre el cual todas las mañanas y todas las noches el viejo *muezzin*⁵ lanzaba en el espacio su grito estridente! ¡Pensaba en la fuente de mármol repleta de agua purísima, en cuyo alrededor las mujeres de mi padre se reunían para cantar; en la dulce figura de mi hermana; en la elevada palmera bajo cuyas ramas jugaba yo alegremente o me dormía soñando con empresas guerreras y batallas gloriosas, con armas relucientes y bellos ojos de huríes; en las galeras vigilantes sobre las olas azules del Mediterráneo, desplegados al viento los verdes estandartes del Profeta! ¡Ah! ¡Qué cosas habría realizado yo un día si el maldito cristiano no me hubiera robado de mi país! ¡Dónde han ido a parar todos mis hermosos sueños de gloria y de conquista! ¡Maldito sea mi destino! Estas manos, que estaban destinadas para empuñar la maza y la cimitarra, para blandir la lanza, para exterminar a las gentes que no creen en el Profeta, ¿de qué me sirven ahora? ¡Para tocar la tiorba como si fuese una hembra! ¡Malhadado instrumento, vete!

Con rápido ademán arrojó la tiorba por encima de la balastrada, estrellándola en los fosos del castillo.

—Zuleik —dijo la condesa, mirándole con inquietud—, me parece que olvidas que eres mi esclavo.

—¿Acaso al pobre esclavo le está prohibido pensar en su pasado y condolerse de la libertad perdida? —preguntó el moro, con amarga ironía.

—Yo te he prometido la libertad a cambio del rescate de algún esclavo cristiano. Tú sufres; pero más sufren los nuestros que padecen entre las manos del feroz Culquelubi. ¿De qué te lamentas con tanta amargura? Te he tratado siempre como a un hombre libre, mientras que los cristianos se ven torturados cruelmente por tus compatriotas.

—¡Me lamento de no ser libre! ¡Yo no había nacido para ser esclavo! ¡Yo llevo en las venas la sangre de los conquistadores de Granada!

⁵ Muezzin o muecín: sacerdote mahometano

—Y, sin embargo, no has tratado de huir en estos dos años que eres prisionero mío, y tampoco cuando estabas cerca del caballero de Malta que te hizo prisionero.

—El maltés ejercía demasiada vigilancia sobre mí para que hubiera podido sustraerme a ella.

—¿Y por qué no trataste de huir después? Las chalupas del castillo no están vigiladas, y siempre has tenido libertad para andar por la isla.

—¿Creéis que ha sido el miedo lo que me aconsejó no intentar la fuga? —preguntó el moro—. Soy hijo de un marino, y el Mediterráneo nunca ha inspirado temor a Zuleik Ben-Abend.

Calló un momento, y después, pasándose la mano por la frente, replicó con voz dulce:

—¡Si aquella mujer que turba mis sueños no me hubiese encadenado a su voluntad, hace ya mucho tiempo que Zuleik Ben-Abend hubiera atravesado el Tirreno para entrar en Argel!

—¿Una mujer? —exclamó la condesa, mirándole con sorpresa.

—¡Sí; una mujer hermosa como una hurí del paraíso del Profeta, que constituirá mi felicidad o mi desgracia! ¡Por ella he sofocado los recuerdos de los míos; por ella he preferido permanecer aquí esclavo a ser un hombre libre en Argel; por ella no he pensado nunca en la fuga! ¡Esa mujer ha condenado mi alma, pues porque fuese mía maldeciría la religión de mis padres y renegaría del Profeta, que me hizo nacer musulmán!

—¡Tú, un moro! ¿Luego es cristiana esa mujer?

—¡Sí, para infortunio mío!

—¿Dónde vive?

—¡Aquí, en esta isla! ¡Yo respiro el aire que ella respira, y el mismo sol que ilumina sus ojos luce también para mí!

—¿La hija de algún pescador quizá?

El moro hizo un profundo gesto de desdén.

—En mi país mi padre era príncipe, y príncipe he nacido yo también —dijo Zuleik con orgullo—. Los califas de Córdoba y Granada han mezclado su sangre noble y guerrera con la de mis abuelos. En Argel tiene mi familia palacios y caballos, galeras sobre el Mediterráneo, esclavos negros y cristianos y hombres de armas. ¿Cómo hubiera yo podido haber puesto los ojos en la hija de un mísero pescador? Mañana pueden romperse mis cadenas, y entonces volveré a ser príncipe con más poder que antes.

—En tal caso, esa mujer no vive aquí —dijo la condesa—. En esta isla sólo hay familias pobres. Creo, mi pobre Zuleik, que tu cerebro delira. Anda; ve a llamar a mis doncellas, y retírate a descansar.

—¡Esta noche! ... —rugió el moro con acento tan extraño, que la condesa no pudo menos de estremecerse.

—¿Qué quieres decir, Zuleik?

El moro se había mordido los labios, arrepentido de su imprudencia.

—¡Habla, Zuleik! —dijo con voz imperiosa la condesa.

—¡Tenéis razón! ¡Mi cerebro delira! ¡No sé lo que digo!

En aquel mismo instante, hacia la playa se oyó el sonido de una bocina, y poco después gritaba la escolta de la torre:

—¡A las armas!

La condesa se había levantado precipitadamente, presa de una visible emoción, y se inclinó sobre la balaustrada de la terraza.

—¿Quién puede desembarcar a estas horas? —preguntó—. ¡Mira: he allí la faluca atracada en la playa! ¡Acaso sean tus compatriotas, que intenten sorprendernos!

—¡Son cristianos! —murmuró el moro, en tanto que un relámpago de ira brillaba en sus ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Una voz tonante resonó entonces:

—¡Echad el puente al barón de San Telmo!

—¡Él! ¡Mi Carlos! —exclamó la condesa, apoyando las manos sobre el pecho, como si quisiera contener los latidos del corazón.

El moro tomó un aspecto feroz. Un ronco rugido salió de sus labios, a pesar suyo. Cerró los ojos por un momento, y sus manos se agitaron convulsivamente, como si buscasen la empuñadura de un arma.

Pero de pronto se serenó, fijándose en el mar. La faluca avanzaba silenciosamente hacia la isla, y allá sobre el horizonte se veían puntos blancos que iluminaban el resplandor de la luna.

Un relámpago de alegría encendió las pupilas del esclavo.

—¡He allí las panteras! —murmuró—. ¡Acechan el castillo, y tienen sed de sangre cristiana!

El puente había sido echado sobre el foso con ronco estrépito de cadenas, y el jefe de la guardia del castillo, seguido por cuatro escuderos

provistos de antorchas, salió al encuentro del barón y de sus acompañantes, dándoles la bienvenida en nombre de la castellana.

—¿Cómo a esta hora, señor barón? —preguntó el guardián—. Nadie os aguardaba.

—Me trae un mal viento, mi viejo Antonio —respondió el barón—; un viento que sopla de la parte de Argel.

—¿Qué decís, señor barón? —preguntó el veterano, palideciendo.

—Manda levantar el puente y dispón que se carguen las culebrinas. Despierta a toda la servidumbre y, si es posible, haz que llamen a todos los pescadores de la isla que sean capaces de llevar armas.

—Pero, ¿qué pasa?

—Los berberiscos están ya a la vista. ¿Dónde se encuentra la condesa?

—Aguarda al señor barón en la sala azul.

—Señor Antonio —dijo el catalán—; no olvidéis que estamos hambrientos y que con las tripas flojas se lucha mal.

—Tendréis todo lo necesario, señor Barbosa —replicó el viejo soldado.

Entretanto, precedido por dos escuderos, el barón había atravesado el patio de honor, encaminándose hacia la gran escalera que conducía a las habitaciones superiores.

La condesa de Santafiora, presa de la más viva emoción, que daba mayor realce a su hermosura, vestida con una amplia bata de seda roja y con los cabellos recogidos en torno de un pequeño peine de plata en forma de corona, esperaba al joven en el salón azul, que se encontraba iluminado por pesados candelabros de plata.

Zuleik, con las facciones contraídas, estaba en pie detrás de ella en la parte menos iluminada del salón, y no separaba los ojos de la condesa. En aquel momento, el feroz moro parecía un tigre en acecho.

Cuando el barón entró con el yelmo dorado en la diestra y la otra mano apoyada fieramente en el puño de la espada, la condesa no pudo contener una exclamación de alegría.

—¿Vos, Carlos? —exclamó, saliendo a su encuentro—. ¡Qué grata sorpresa! ¡No me engañaba el corazón!

—¿Por qué decís eso, Ida? —preguntó el caballero, besando galantemente la mano de su prometida—. ¿Luego me esperabais?

—No esta noche, precisamente; hace ya muchos días que expiaba la aparición de vuestra galera. Nosotras, las mujeres, presentimos siempre la llegada de las personas amadas.

—Por desgracia, no vengo en compañía de mi barco. Una tempestad le arrancó el timón, y tuve que buscar refugio en el golfo. Si no hubiera ocurrido eso, habría llegado antes, y acaso los moros de Argelia no hubieran osado acercarse.

—¡Los moros! —exclamó la condesa.

—Se disponen a caer sobre la isla.

—¿Luego esa faluca que hace tres noches ronda silenciosa como un ave de mal agüero sería...?

—La vanguardia de alguna flota.

—¿Quién os lo ha dicho, Carlos?

—Lo he sabido por un pescador.

—Y habéis venido...

—A defenderos o a morir con mi prometida —dijo el barón.

—¿Es decir, que se preparan a asaltar el castillo?

—Eso presumo; pero nada temáis, Ida; traigo en mi compañía unos cuantos hombres, pocos en número, ciertamente; pero son los más bravos de mi tripulación, y darán mucho que hacer a los moros.

—Bajo vuestro mando...

—Soy hombre de guerra y caballero de Malta; las empresas bélicas son cosas naturales para mí. Pero siento que esos corsarios vengán a turbar estos instantes de felicidad. Anhelaba el momento de volver a veros, Ida, de pasar aquí algunos días dichosos, y he aquí que los piratas del Mediterráneo vienen a proyectar una triste sombra sobre mi alegría. Este castillo, que debía escuchar la música de las fiestas, va a oír entre los gritos de guerra y el fragor de las culebrinas los lamentos de los heridos y el estrépito de las armas.

—Pero venceremos, Carlos; vuestra espada victoriosa volverá a poner en fuga a las panteras de Argel.

—¿Cuántos hombres hay en el castillo?

—Una veintena, entre los cuales hay doce hombres de armas.

—¿De manera que con los míos llegamos a treinta y cuatro? —dijo el barón—. Poca cosa es para hacer frente a los berberiscos, que son muchos en número y que cuentan con buena artillería.

—Señor —dijo en aquel momento el moro, avanzando—, ¿me permitís un consejo?

—¡Ah! ¿Eres tú, Zuleik? —exclamó el barón—. Ni siquiera había advertido tu presencia. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que en la isla hay más de doscientos pescadores, hombres robustos todos ellos, que han batallado más o menos, y que podrían reforzar la guarnición del castillo.

El barón le miró con estupor.

—¿Y eres tú quien propone eso? ¿Tú, un moro, que debiera ver con júbilo la llegada de sus compatriotas para obtener la libertad?

—Ahora no la deseo —respondió Zuleik.

—Y, sin embargo, hace pocos momentos te lamentabas de tu cautiverio —dijo la condesa.

—Quisiera la libertad; pero no solo.

—¡Ah! ¿La desearías en compañía de la mujer a quien amas?

El moro hizo un gesto afirmativo, y después continuó:

—Si el señor barón de San Telmo quisiera seguirme a la aldea, podríamos reunir en menos de media hora doscientos combatientes, y acaso más.

—Veamos antes si los corsarios han desembarcado —dijo el caballero.

Y los tres salieron a la terraza del castillo. Sobre los muros inferiores, los marineros de la galera y los hombres de armas se ocupaban en poner en batería dos largas culebrinas, las cuales debían defender la pequeña ensenada e impedir, o por lo menos retardar, el desembarco de los berberiscos.

El barón recorrió con rápida mirada la superficie del mar, y vio a la faluca bordear hacia la extremidad meridional de la isla, a unos trescientos metros de la costa. De pronto, palideció; acababa de descubrir en lontananza muchas velas que avanzaban desde el Sur y que se dirigían hacia la isla.

—¡Las galeras de los berberiscos! —exclamó.

—¿Vienen ya? —preguntó la condesa, acercándose instintivamente hacia el barón.

—¡Vedlas, Ida!

—¿Son muchas, Carlos?

—No puedo contarlas, porque navegan juntas y porque todavía están demasiado lejos. Pero, indudablemente, son muchas.

La joven miró al caballero; en sus ojos negros se leía un terror inmenso, una angustia inexplicable.

—¡Si nos aprisionasen! —dijo con voz temblorosa—. ¡Oh, Carlos mío!

—Las murallas y los bastiones del castillo son robustos —respondió el barón—. Como hemos vencido otras veces a esos ladrones de los mares, los venceremos ahora.

—Pero entonces luchaban los caballeros de Malta.

—El valor suplirá al número. Además, mi galera no está lejana, y mis gentes, al oír el estruendo de la artillería, vendrán en nuestro auxilio, porque debe de estar recompuesto ya el timón. Zuleik, vamos a buscar a los pescadores y a advertir a sus familias que se embarquen sin perder momento. Todavía llegaremos a tiempo de salvarlos.

—¿Y si la gente de la faluca hubiese desembarcado ya? —preguntó la condesa.

—No bajarán a tierra antes de que lleguen las galeras —dijo Zuleik, mientras una pérfida sonrisa se dibujaba en sus labios—. Estoy a vuestras órdenes, señor barón.

—¿Está bien municionada la sala de armas? —preguntó el caballero.

—Hay en ella municiones para doscientos hombres.

—Pues vamos, Zuleik. Antes de que las galeras lleguen transcurrirá una hora, y ese tiempo nos bastará.